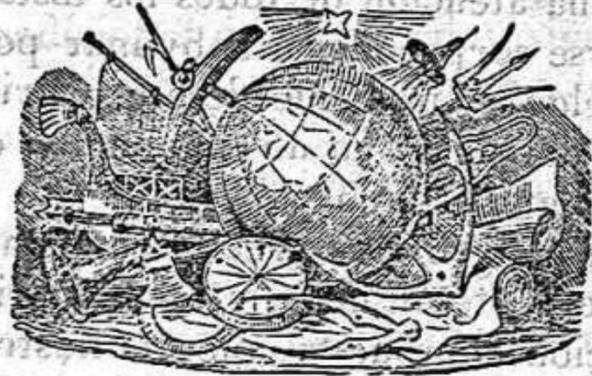


ALMACEN



DE FRUTOS LITERARIOS.

Semanario de Palma.

JUEVES 17 DE OCTUBRE DE 1844.

Discurso

EN ACCION DE GRACIAS Á LA ACADEMIA ESPAÑOLA

LEIDO POR

DON EUGENIO DE OCHOA,

al tomar posesion de su plaza de honorario en la sesion del 19 de setiembre último.

Escmo. Sr.

Estimo en tanto la singular merced con que V. E. se ha servido honrarme, que solo la conviccion de que á su mucha bondad, y no á mi escaso merecimiento, la he debido, puede atenuar en algun modo la íntima alegría de que en este momento se siente penetrado mi corazon; pero tambien, Señores, esa conviccion, al paso que disminuye la natural ufania que pudiera ahora animarme, aumenta en la misma proporcion mi agradecimiento al alto favor de que he sido objeto.

Ninguno pudiera serme mas lisonjero, señaladamente por dos razones que voy á esponer con ingenuidad á V. E. Es la primera la gran satisfaccion que

necesariamente debe causarme ver colmado mi deseo de pertenecer á esta sabia corporacion, encargada de custodiar, como un vigilante centinela, el precioso tesoro de nuestra lengua; es la segunda haber conseguido tan anhelado honor, cabalmente en un momento en que esa custodia es difícil; porque el tesoro de que es objeto tiene muchos enemigos; en un momento, repito, en que se necesita una atencion de todos los instantes, una entereza á toda prueba para no dejarse sorprender ó subyugar por la invasion, ya solapada y cautelosa, ya rebelde é insolente de ese prurito de innovacion que es una de las calamidades del siglo; en un momento, en fin, en que podemos clamar con razon; ¡ la lengua está en peligro!

Sí, Señores, está en peligro y es preciso conjurar ese peligro á fuerza de vigilancia y teson; no de un teson ciego y estacionario, digámoslo así, de que es incapaz una corporacion compuesta como la ilustre Academia que me dispensa el favor de escucharme, de los mas ilustres literatos de España, sino de ese teson razonado y convencido, que no transige con los vanos caprichos del uso, porque sabe que pasarán; que no se deja deslumbrar por el oropel de las novedades, porque posee la piedra de toque con la que fácilmente distingue el oro puro del falso, y que, como es inseparable de la justicia, la cual á su vez es inseparable de la fuerza, escucha las objeciones y responde á ellas y las vence. Insigne ejemplo de este noble teson está dando hace muchos años la Academia Española, negándose á sancionar con su inclusion en el diccionario de la lengua esa multitud de voces mal españolizadas y otras aun mas descaradamente intrusas, (pues ni siquiera han tomado una terminacion castellana) que circula como moneda corriente en el comercio familiar de la clase culta y que con reprehensible indulgencia admiten en sus producciones algunos autores, no escasos de mérito, sin embargo, bajo otros conceptos. Sin duda no saben esos autores el daño que causan con su ejemplo; acaso presumen hacer un bien, y con efecto no faltarian, si se buscasen con empeño, razones especiosas para sostener tan errada opinion. A tomar á diestro y siniestro voces de otras lenguas lo llaman tal vez enfáticamente *enriquecer* la nuestra. ¡ Miserable riqueza la que estriba en la precaria detencion de bienes ajenos!

Pero no es esta clase de ataques á la pureza de la lengua la que mas fatal me parece, aunque siempre lo es mucho. Los ataques mas desastrosos para ella son aquellos que toman por objeto los giros de las espresiones, porque estos alcanzan á la índole misma de la lengua, la vician en su esencia y hacen penetrar, permítaseme esta espresion, como una especie de virus malféfico en sus venas, en sus arterias, en toda su contestura interna. Aquí, Señores, aquí es donde deben, en mi concepto, desplegarse con incansable afan vuestra atencion y vuestra severidad; aquí, en este punto, es donde debe sostenerse la guerra sin tregua ni cuartel, so pena de esponernos á que apostrofen algun dia nuestra memoria las generaciones futuras con una acusacion análoga á la que dirigió el Señor al primer homicida: ¿Qué habeis hecho de nuestra lengua patria? ¿Qué se ha hecho, dónde está la lengua bellísima de fray Luis de Granada, de Antonio Perez, de Cervantes, de Jovellanos y Campomanes? La mas leve flaqueza, la menor indulgencia en este punto seria funesta, porque, como todas las concesiones innecesarias, darian margen á exigencias cada vez mas osadas y en último é inevitable resultado, cada vez mas irresistibles.

En buen hora se admitan como legítimamente adquiridas aquellas voces

que, aunque no usadas por nuestros padres, son de un uso necesario entre nosotros, porque representan ideas mas ó ménos recientemente puestas en circulacion. Mas diré; si algun dia me dispensase la Academia el honor de consultar en este punto mi humilde dictámen, que nunca presentaré sin someterle prévia y sincerísimamente á su superior juicio, yo propondria sin titubear que se diese algun ensanche á la admision de voces nuevas, siempre que reuniesen las tres condiciones que para ello exigen los mas acreditados filólogos, y señaladamente el ilustre crítico frances Carlos Nodier, cuya reciente pérdida lamenta la Academia del vecino reino, y no reemplazará por cierto fácilmente. Aunque V. E. conoce mejor que yo estas tres condiciones, permítame recordarlas aquí, ya que una antigua e imprescriptible práctica me impone, ó espensas de mi amor propio, la obligacion de molestar por algunos instantes la atencion de esta respetable asamblea. Dichas condiciones son:

*Primera.* Que la voz nueva sea necesaria.

*Segunda.* Que esté bien compuesta, es decir, fundada en la etimología y construida bajo una forma que la aproxime en todo lo posible á las demas del mismo género en el orden lógico.

*Tercera.* Que se apoye en la autoridad de un escritor acreditado.

A cualquiera voz que reuniese estas tres condiciones se le podria dar, en mi pobre opinion, carta de naturaleza de Castilla. Tampoco seria un mal, á lo que entiendo, restablecer como de uso corriente algunas veces que suelen calificarse de anticuadas, siempre que no haya otras mas modernas y espresivas con que suplirlas. Bien se me alcanza que la riqueza escesiva, en el sentido propio como en el figurado, puede llegar á ser un verdadero inconveniente, y respeto como el que mas los motivos (motivos á que, aleccionado con el trato de mis ilustres compañeros, me asociaré sin duda andando el tiempo), respeto, vuelvo á decir, los motivos que ha tenido la Academia para proceder en las últimas ediciones de su Diccionario con una sobriedad y un tacto estremados en punto á la introduccion de voces nuevas y á dar á algunas la calificacion de anticuadas, que viene á ser lo mismo que proscribirlas del buen lenguaje corriente.

Permítaseme, Escmo. Sr., insistir por un momento en lo que ántes dije acerca de la importancia mucho mas trascendental que tiene, en mi opinion, y de la influencia mucho mas funesta que ejerceria, á lo que creo, en nuestra lengua la introduccion de giros nuevos tomados de otros idiomas, que la de meras voces poco ó nada castizas. Escusado me parece añadir que aquí no discurre sobre un peligro imaginario ó remoto: V. E. sabe mejor que yo y lamenta como debe, que esa introduccion de que primero he hablado tiene muchos y muy osados partidarios, unos movidos por un errado sistema, los mas obcecados por una ignorancia crasa. ¡Estraña condicion la nuestra! Poseemos una lengua admirable, la reina de las lenguas vivas. Suave como el idioma italiano, enérgica como el aleman ó el ingles, exacta, rigurosa mil veces mas que la francesa, tan decantada por su claridad y exactitud, llena de pompa y magestad, rica de giros orientales y latinos, lozana, severa y al mismo tiempo la mas flexible, despues del aleman, para la formacion de voces compuestas, la lengua castellana reúne todas las dotes que separadas se encuentran en las demas, y es al mismo tiempo mas que todas armoniosa y robusta.

En todos los géneros de literatura tenemos acabados modelos: ya vemos á

nuestro idioma prestarse superiormente en Mariana, en Hurtado de Mendoza, en Melo al tono grave y sentencioso de la historia; ya en Herrera, Rioja y Calderon á la gran dlocuencia de la mas alta poesia, ya en Garcilaso y Villegas á la italiana dulzura del idilio y de la égloga; ya en Quevedo á la mordacidad picaresca de la sátira. De intento he omitido el ramo de literatura, para el que es mas incontestable la superioridad de nuestra lengua. ¿Hay alguna mas religiosa, mas sublime que la que fluye como un torrente de miel de los lábios de una Santa Teresa de Jesus, de los dos Luises, de un Malon de Chaide? ¿Hay quien desconozca ó ponga en duda la verdad de aquel célebre dicho de Carlos V, cuando calificó á la lengua española de la mas adecuada para hablar con el Supremo Hacedor?

Y sin embargo, Señores, triste, tristísimo, mas diré, vergonzo es decirlo; la generacion presente no guarda y respeta cual cumpliria á su decoro el precioso depósito que le han legado sus padres. A pesar de los vigorosos esfuerzos de algunos hombres ilustres, á quienes no nombraré porque se ofenderia su modestia de que lo hiciese cara á cara, la corrupcion del lenguaje, así hablado como escrito, ha echado profundas raíces. Harto notorias y naturales son las causas de esta corrupcion, para que crea necesario detenerme á enumerarlas: tarea mas útil seria manifestar los medios de conjurar sus fatales efectos, pero la reconozco por desgracia muy superior á mis escasas fuerzas. Dos hay, empero, que me atreveré á presentar á la Academia; dos medios muy eficaces y sencillos, no en verdad discurridos por mí, sino públicamente anhelados por cuantos desean que se atajen con mano firme los estragos de lo que donosamente llamaba Iriarte.

«De frase estrangera el mal pegadizo.»  
Seria el primero de esos antidotos contra el veneno de la corrupcion del lenguaje la pronta publicacion, hecha por la Academia (¿y de qué fuente mas autorizada bajo todos conceptos podria descender el precepto?) la pronta publicacion, repito, de una gramática castellana, concisa, manual y adecuada al alcance de todas las inteligencias como al de todos los bolsillos. Las obras muy abultadas, y por consiguiente muy costosas, no pueden contar en España, por útiles y aun necesarias que sean, con muchos lectores, y la primera condicion que deberia exigirse de esta proyectada gramática seria que pudiese fácilmente circular con profusion por todas las clases regularmente acomodadas de la sociedad, para que en todas fuese derramando las semillas de un habla correcta y castiza. He dicho que esta seria la primera condicion, porque hablar de su buen desempeño seria supérfluo y aun ofensivo tratándose de una obra compuesta por esta sabia corporacion. Este es el primero y mas urgente remedio que pudiera aplicarse para atajar la propagacion del mal; el segundo, complemento de aquel en cierto modo, como el ejemplo lo es del precepto, no produciria seguramente menos saludables resultados: tal seria la reimpression, en ediciones populares, de las obras mas amenas, morales y entretenidas de los autores mas celebrados de los buenos tiempos de nuestra literatura.

He dicho con intencion y lo repito ahora, porque acaso no esté de mas alguna explicacion de mi mal espresado pensamiento, que convendria elegir, á lo ménos para principiar, las obras mas *amenas y entretenidas*, siempre que á esto reuniesen la indispensable condicion de la moralidad; y por si pareciese extraño que anteponga tales obras á las puramente instructivas, como las históricas y filosóficas, preferibles seguramente en tesis general á las de re-

creo, diré que aquí no considero la cuestión en abstracto, y que por el contrario atiendo exclusivamente á lo que podemos llamar la parte positiva y práctica de la misma. Ahora bien, siendo el objeto de la publicación cuya conveniencia me atrevo á indicar, asegurar á nuestros antiguos autores clásicos el mayor número posible de lectores, me parece evidente, atendida la actual tendencia de los ánimos (tendencia que no quiero calificar, pero que es imposible desconocer), que mejor se alcanzaria aquel objeto, mas se cautivaría la atención del público, y mas cumplidamente se conseguiria inocular en las masas la pureza del lenguaje poniéndoles en las manos libros acomodados á su gusto, que no otros que les inspirasen aversión y desvío: leerian aquellos y estos no, = por lo ménos, es seguro que no leerian estos hasta que, familiarizados con aquellos y formado con su lectura el gusto general, llegasen á saborear los primores del buen lenguaje, y á no poder en cierto modo pasarse sin ellos; es decir, á exigirlos en todo autor, á considerarlos como elemento esencial de un libro digno de ser leído.

Conseguir esto solo, Señores, seria ya dar un paso inmenso para la regeneración de nuestra decaída literatura. Si observamos con alguna atención lo que en este punto sucede en el día, advertiremos, = yo á lo ménos creo haberlo advertido, = que nuestro público actual no se cura ni poco ni mucho ni nada de que se le hable ó se le escriba, en el teatro ó en los libros, en bueno ó en mal lenguaje, en castellano ó en bárbaro, que no de otro modo puedo designar á esa gerigonza ridícula, á esa especie de lengua franca en que tanto se desatina diariamente con letras de molde en Madrid. En el día se lee muchísimo, testigo lo muchísimo que se imprime; prescindo ahora de las cosas que se escriben; veamos solo cómo se escriben. Salvo raras escepciones, casi todos los libros y demas escritos de que estamos infestados son tales, que no se pueden leer sin indignación ó sin risa, y no seguramente porque tengan nada de chistosos. Pues bien, Señores, á pesar de eso, todos ó los mas de ellos tienen muchos lectores, y es seguro que la inmensa mayoría de esos lectores los recibe con particular agrado. ¿Por qué? Puede que me engañe en lo que voy á decir, Señores, pero aseguro que es el resultado de muchas observaciones hechas por mí con paciencia suma y aun á veces á costa de pasar plaza de importuno.

La inmensa mayoría de los lectores recibe con particular agrado obras pesimamente escritas, porque á consecuencia de una natural reacción, y en virtud de esa fatal tendencia de los hombres á pasar siempre de un extremo á otro, desde el extremo absurdo de pagarnos de producciones en que el lenguaje era todo y el fondo nada, hemos pasado al no ménos absurdo extremo de pagarnos en el día de producciones en que sucede absolutamente lo contrario. No nos ciegue el despecho contra la estravagancia que estamos presenciando; no supongamos á nuestros contemporáneos tan insensatos, que váyamos á imaginarnos que proceden contra toda necesidad lógica. Nó, porque de aquí resultaria que nada deberia hacerse, por ser todo inútil para corregirlos. Estudiemos, por el contrario, la causa del mal, y hallaremos mas fácilmente el remedio.

Ya he dicho que las causas de la corrupción del lenguaje son muy notorias, y tanto que saltan á los ojos de todos; pero la de ese fenómeno singular y acaso sin ejemplo en la historia que apunté un momento ántes; la causa de esa indiferencia casi general del público en materia de lenguaje, está ménos patente, y merece la pena de que se investigue. Yo he procurado hacerlo, y

creo haberla encontrado. No es, como pudiera parecer á primera vista y como yo mismo he creído algun tiempo, no es esa indiferencia efecto solo de ignorancia, y la prueba no tiene réplica: los ultrages hechos diariamente á la lengua son tales, que no hay ignorancia que baste para desconocerlos; mas diré; cuanto mayor se suponga la ignorancia del lector, mas deben saltarle á los ojos aquellos ultrages: es seguro que cualquiera de esos desafortados galicismos, por ejemplo, que se usan ahora debe disonar mas en los oídos de un Español rancio que en su vida ha leído un libro ni sabe mas de castellano que lo que ha oído en su lugar, que en los de un sojeto instruido que por su conocimiento del frances ó por la lectura de libros traducidos, está familiarizado con las construcciones y frases francesas.

Esa indiferencia nace del afan de alejarse de aquella adoracion esclusiva del lenguaje que, llevada al extremo, como se llevaba aun no hace mucho tiempo, era una de las flaquezas de nuestros mayores. Es fama, = y me valgo de esta espresion porque esto pertenece ya para mí á la historia antigua, = es fama que hubo un tiempo, no muy remoto, en que un numeroso auditorio de Españoles se estaba embelesado horas enteras escuchando los melifluos versos de un poeta, tan rotundos y armoniosos como vacíos de ideas, á lo ménos de ideas nuevas y de alguna sustancia. Aquella dulce cadencia, aquella *música celestial* les bastaban; los conceptos importaban poco ó nada; el número, la rotundidad, la gala y pompa de la espresion, esto era lo esencial. Lo mismo sucedía con el verso que con la prosa. ¿A qué citar ejemplos de producciones que en su tiempo alcanzaron mucho aplauso, solo porque halagaban el oído, y que en el dia yacen olvidadas, porque nada dicen al entendimiento ni al corazón? A muchos poetas y prosadores del pasado siglo y de fines del anterior les hubiera convenido mucho meditar estas elegantes palabras de una composicion que tuvo la bondad de dirigirme hace años y ha insertado despues en la última edición de sus poesías mi respetable y sabio maestro el Sr. D. Alberto Lista, una de las lumbreras de esta Academia y de toda España:

¿Qué valen huecas palabras,  
ludibrio del primer viento?

¿Qué vale en sílabas once  
haber empinado un verso,  
si del ánimo dormidos  
deja todos los afectos,  
y no da á la fantasía  
ni á la razon alimento?

En el dia nuestro público, lo mismo el del teatro que el que forma la gran masa de los lectores de obras nuevas, incurre en el extremo contrario: atiende exclusivamente á los pensamientos (¿y qué pensamientos los que le da la prensa para su pasto intelectual!); atiende solo á los pensamientos, repito, y para nada se cura del lenguaje en que están espresados. Bástale columbrar confusamente lo que el autor quiso decir; tanto monta que lo diga bien como que lo diga mal.

Esta rara depravacion del gusto público reclama, Señores, un pronto remedio, y la Academia le prondrá sin duda, si no por los arbitrios que me he atrevido á indicarle, por otros mas eficaces que le dictarán su patriotismo y su sabiduría.

Concluyo, Escmo. Sr., este discurso, ya demasiado largo, suplicando á V. E. que se digne disimular con aquella indulgente bondad que acompaña siempre al mérito superior, lo desaliñado de estos renglones, y aceptar al propio tiempo el homenaje de mi profundo respeto, juntamente con la expresion de mi gratitud por el no merecido favor que se ha servido dispensarme admitiéndome en el número de sus individuos.

Madrid 19 de setiembre de 1844.

Escmo. Sr. Presidente y demas individuos de la Academia Española.

(Heraldo.)

## COSTUMBRES ANDALUZAS.

### LOJA Y SU FERIA.

No puede presentarse al observador curioso una ocasion mas oportuna para conocer á fondo el carácter de los hijos de esta bendita porcion de tierra llamada Andalucía, que la permanencia en alguna de aquellas poblaciones, á quienes está concedido el privilegio de celebrar una feria ó mercado anual. Para esta celebridad se han elegido generalmente los dias festivos de algun santo notable, que se procura sea el patron ó patrona del pueblo; y esto hace, que el cumplimiento de los deberes religiosos en las personas que conservan puros los sentimientos de piedad, la inclinacion á la holganza en otras y el deseo de bullicio y concurrencia que para muchas es sinónimo de diversion, suspenda todos los quehaceres para asistir á la feria y ocuparse únicamente de ella. Como acontecimiento tan fausto se verifica una vez al año y en dia fijo, hay tiempo de formar cálculos anticipados, que se procuran realizar entónces. El dia designado para la feria reúnen en el pueblo, como en un centro de atraccion, labradores y peletrines, cosecheros y ganaderos, abastecedores y marchantes de todas las comarcas inmediatas. Tambien acude muchedumbre de mercaderes ambulantes, cuyos fondos están reducidos á una variada coleccion de menudecios que caben muy holgadamente en una cesta ó arquilla. Estos se instalan en algun sitio público y concurrido, pregonan con voces desentonadas sus mercancías y llaman la atencion de campesinos y muchachos con toda aquella riqueza mueble colocada simétricamente sobre una mesa. De mas tráfico y comercio otros, improvisan en el parage señalado por el ayuntamiento una tienda ó casilla fortalecida con tablas, que revisten interiormente de lienzo; y sobre estos despliegan sus manufacturas con aparato y ostentacion, no sin ojeriza de los comerciantes del pueblo que ven aquellos géneros y novedades rivalizar con los de su tienda que se considera aquel dia como postergada.

Pero la parte integrante, esencial, animadora de las ferias es una coleccion de todos esos majos y matones, portadores de catalinetas y ruedas de fortuna, tahures, chalanés, gitanos, vagos, truhanes y caballeros de indus-

tria, que por la misericordia de Dios viven y medran en nuestro pais y son el surtidero inagotable de calabozos y presidios. Estos descargan periódicamente sobre el pueblo de la feria á manera de nube de langosta. Como en las ferias circula plata, que á despecho de moralistas estóicos y filósofos rancios es codiciada universalmente, toda esta gente acude con la misma golosina, que el enjambre de moscas al panal de miel. Las ferias son su elemento: allí pueden ejercitar la diversidad de sus ingenios y artificios: son su vendimia, su cosecha de agosto.

Estos concurrentes son los que pueblan los garitos y tabernas; los que estafan á los incautos campesinos; los que ofreciendo un duro por un ochavo en juegos de azar, manejan á su arbitrio á la diosa inconstante; los que recogen el aguinaldo de viejas y muchachos, enseñando por el lente de una cata- lineta las escenas del diluvio universal y resurreccion de la carne, las proezas del encantador Merlin, y los ejércitos de Carlomagno conquistando las Californias, son, en fin, los que dan entretenimiento á corchetes y alguaciles; que se desviven por aprisionar á gente de tal ralea, contra la cual tienen concebida enemistad y antipatía tan vehemente, como la del gavilan hácia las aves de ménos pujanza y valentía. Tambien concurren personas á quienes agrada trocar, durante algunos dias, el aristocrático frac por la chaqueta andaluza, el sombrero de copa per el de ala, el corbatin por el pañuelo de sortija y el baston de sociedad por la vara de feria. Con esta transformacion es grato mezclarse entre la muchedumbre, y observar de cerca las costumbres del pueblo; que mal podrá conocer quien viva siempre en el torbellino de las grandes poblaciones y en el seno de sus placeres.

Celebrándose la feria de Loja el dia 28 de agosto y acudiendo á ella numeroso gentío como á las nombradas de Ronda, Ecija y Mairena, nos tentó el diablo por aumentar el número de ciudadanos concurrentes; y decimos que nos tentó el diablo, porque no lejos de aquella ciudad y al borde de un precipicio, dieron en la flor de quedarse dormidos el mayoral y el zagal del carruage, donde íbamos con inocente confianza once viajeros; volcó la estu- penda máquina y faltó poco para que no hubiésemos continuado todos nues- tra expedicion en un ataud. Dimos gracias á Dios de no habernos matado, y heridos unos, contosos y magullados otros, llegamos á Loja.

Esta es una de las ciudades mas ricas y notables de la provincia de Gra- nada. Asentada en la garganta que forma la cortadura de dos sierras que corren de Norte á Sur, es el principal punto por donde comunica la provin- cia de Granada con la de Málaga y reino de Sevilla. El Genil, caudaloso por los muchos riachuelos que desde su nacimiento hasta Loja van perdiendo sus nombres, sale por este punto de la espaciosa llanura que se estiende desde la falda de la Sierra Nevada hasta la misma ciudad. Si así no fuese, todas las aguas que descienden á la vega de Granada se estancarian, formando en este magnífico anfiteatro un estenso lago. El rio divide la poblacion en dos bar- rios que se comunican por medio de un sólido y hermoso puente de construc- cion antigua, reedificado á últimos del siglo anterior bajo la direccion de don José Martin Aldezueta, entendido arquitecto que concluyó el gran puente del tajo de Ronda. El interior de la ciudad se resiente del triste aspecto de las ciudades morunas: casi todas las calles son tortuosas, angostas y de un piso incómodo, como formadas en las pendientes mismas de la sierra; pero este inconveniente se neutraliza con la abundancia de aguas purísimas que brotan por toda la superficie y esparcen con sus corrientes el frescor y la verdura.

Los contornos de Loja son amenísimos; las corrientes que se desprenden de sus montes, conducidas por acequias y canales abiertos por los moros, riegan huertas y vergeles y hermosean su dilatada campiña. Los bosques de álamos á orillas del río, la verdura de hortalizas y frutales, los ricos olivares y viñedos, las encaladas y risueñas habitaciones que sobresalen entre las arboledas y frescuras, presentan desde algunas eminencias de Loja un paisaje encantador y pintoresco.

Pocas ciudades habrá en la provincia de Granada que puedan presentar mayores timbres históricos que Loja. Algunos han conjeturado que es la Illí-pula que mencionan Plinio y Tolomeo; y si así fuese, el epíteto de *Magna* que le da este último, y el de *Laus* con que la califica Plinio, inducen á creer que sería población considerable en tiempo de los romanos. En esta suposición, pronto arraigaron en ella las semillas del cristianismo, como lo indica la asistencia de su presbítero Restituto al concilio Iliberitano. El P. Sanchez Sobrino se inclinó á creer que es Lacibis, también nombrada por los dos geógrafos arriba citados. Cuando Loja adquiere renombre é importancia, es en la historia de los árabes. Durante la guerra que los mozárabes granadinos sostuvieron contra los califas omíades de Córdoba, el rey Abdala avanzó con su ejército á la vega de Granada, y dispuso que su guardia fortificase las rocas aisladas que se elevan en el centro de Loja, sobre las cuales se conservan aun muros y torres desmanteladas. Los analistas árabes, Ben-Hayan, Ben-Alkattib, Ben-Alabar refieren prolijos detalles de esta contienda que hemos contado en nuestra *Historia de Granada*. Los mozárabes habían elegido por caudillo á Zaide, hermano del poeta Soliman, que poseía las diez prendas de un caballero: era bondadoso, valiente, modesto, gentil, poeta, chistoso, fuerte, diestro en la lanza, firme en la espada y certero en la flecha. Los dos hermanos provocaron al rey en los campos de Loja. «La caballería de Abdala aprovechó la ocasión de batirse en campo abierto, acometió á las huestes de Zaide y las dispersó sin grande resistencia. Los risueños campos de Loja, los pintorescos llanos, que nombran vega de Hueter, quedaron cubiertos de peones alanceados. El mismo Zaide, embestido por una compañía contraria, ensangrentó su lanza en el pecho de algunos enemigos, pero al fin tuvo que rendirse. El rey ordenó abrasarle los ojos con un hierro candente, cuya operación bárbara practicó un verdugo; se conservó la vida del prisionero durante tres días, para que devorase su dolor agudo, y al cabo de ellos, su cabeza fué remitida á Córdoba con la noticia de la victoria.» *Historia de Granada, tomo 2.º cap. 9.* San Fernando incendió en una de sus correrías á Loja, cautivó á los vecinos y degolló su guarnición. El príncipe Abul-Walid-Ismael, hijo del alcaide de Málaga, que lanzó del trono de Granada á su tío Nazar, se fortificó en Loja, y desde aquí atizó el fuego de la discordia. En el último periodo de la dominación de los árabes; cuando las huestes castellanas ocupaban á Archidona y á Alhama, Loja se hallaba bloqueada, y sus vecinos vivían en un estado de zozobra permanente.

Con pocos esfuerzos por parte de los cristianos hubiera sucumbido sin la energía de su bizarro alcaide llamado Aliatar. Era este un moro nobilísimo, que aunque agobiado con el peso de los años, conservaba en su espíritu la energía y el brio de un mancebo. Al frente de una escasa pero escogida hueste de caballería no daba un momento de respiro á los cristianos; hacia incursiones en las tierras vecinas, talaba los campos, incendiaba las mieses, esparcía el terror y la muerte por las aldeas y alquerías comarcanas, y ántes que

acudiesen los caballeros fronterizos estaba de vuelta en Loja con ricas presas de ganado y gente. La rendición de esta plaza importaba á los cristianos, que la consideraban como la puerta para penetrar en la vega de Granada. Así en consejo real celebrado en Córdoba y al cual asistió la reina católica, se acordó convocar gente y combatir á Loja. Esta campaña, que dirigió el rey en persona, tuvo un resultado funesto. A fines de junio de 1482 salió de Córdoba D. Fernando con 8000 infantes y 5000 ginetes, entre los cuales se contaban varios caballeros de bravura experimentada en escalamientos y brechas y en batallas campales. Cuando el ejército llegó á la vista de Loja, Aliatar había recibido refuerzos de Granada. Los cristianos sentaron sus reales en los olivares y cerros inmediatos, pero tan distantes unas compañías de otras, que en un rebato no podían socorrerse con prontitud. El alcaide que conoció esta imprevisión, cargó furiosamente y desordenó algunas estancias. Los caballeros acudieron á contener el desorden y el rey mismo, combatiendo en el trance mas peligroso, gritaba en vano á algunos cobardes que huían; «tened, caballeros, tened.» El maestre de Calatrava D. Rodrigo Tellez Giron, corrió con algunos de los suyos á hacer frente á un escuadrón de moros, que subían por la cuesta de Albokacen, sedientos de sangre cristiana. Allí animaba al puñado de valientes que osaron seguirle con el grito de *Santiago*, y descargaba golpes mortales, metido en lo mas recio de la pelea; pero no tardó en caer exánime del caballo con el pecho atravesado de un saetazo. Esta muerte fué amargamente sentida por toda la nobleza, por sus amigos y vasallos, que vieron desaparecer á los 24 años de edad á un jóven intrépido, á un cumplido caballero que á no haber fallecido en la flor de su vida jamás de campeón alguno.

Hubiera oido mas lances  
Castilla en sus romances.

Su hermano el conde de Ureña y D. Alonso de Agóilar, hicieron aquel dia prodigios de valor. El rey se adelantó demasiado y corrió muy árduo peligro; al verle apurado, caballeros y peones acudieron á salvarle, señalándose en aquellos momentos D. Juan Rivera, señor de Montemayor, el marques de Cádiz, el duque de Medina-Celi, que cayó del caballo y estuvo en riesgo de ser cautivado, y el conde de Tendilla, que recibió varias heridas. El campo de batalla quedó sembrado de cadáveres y entre ellos muchos de hidalgos y caballeros de cuantía. La soldadesca atemorizada y perseguida por los lanceros de Loja no paró de correr hasta guatecerse en los montes de Archidona y bosques del Cantatril y algunos mas cobardes se refugiaron á la peña de los Enamorados.

Este desastre quedó vengado cumplidamente en la primavera del año 1486. Aleccionados los cristianos con la anterior derrota, adoptaron un plan mas acertado. Presentóse el ejército en las inmediaciones de la ciudad y provocó á los moros á la pelea: salieron los que componian la guarnición, guiados por un caudillo de singular fiereza llamado Hamet-el-Zegry. Los gefes cristianos, que ardian por vengar el anterior desastre, corrieron al encuentro y á botes de lanza hicieron á los infieles encerrarse en la fortaleza. Algunos castellanos entraron revueltos con los enemigos y ocuparon el arrabal conocido hoy con el nombre de barrio de San Francisco. Mandó el rey entonces combatir las murallas con la artillería y jugó esta con tal acierto, que pronto quedaron desmanteladas.

«E desde que los moros, dice el M. S. de Bernaldez, capítulo 79, vieron esto, diéronse al rey á partido, que les dejase ir con lo suyo que pudiesen, e el rey así se lo otorgó, e se fueron, e le dejaron la villa, e pidieron por merced al rey que los enviase á Granada seguros, con el marques de Cádiz, porque no los robasen e matasen en el camino, e el así lo hizo, que envió al marques por capitán e guarda de ellos con otros caballeros e mucha gente fasta que los pusieron en salvo; los cuales moros e moras iban haciendo muy grandes llantos e amarguras.»

Las armas que adoptó la ciudad consisten en un castillo de oro sobre puente de plata que es el de Genil, y dos sierras ó montañuelas á los lados con una cadena al traves y en sus extremos dos llaves pendientes, como muestra de haber sido aquella poblacion entrada segura de los reyes para conquistar toda la tierra comarcana.

Sometida Granada por los reyes católicos, Hernán Pérez del Pulgar, el de las hazañas, vivió en Loja; y en la misma ciudad teatro de sus primeros triunfos devoró el Gran Capitán las amarguras con que la ingratitude de don Fernando el Católico acibaró sus postreros dias: en ella reside hoy la familia de una notabilidad contemporánea.

No son únicamente recuerdos de combates y combatientes los que nos ofrece la historia de Loja: tambien ha sido esta ciudad patria de hombres dedicados á carreras útiles, quienes la han honrado con su aplicacion y laboriosidad. En ella nació el médico árabe Isá Ben-Mohamad-Aben-Muza, que escribió en Granada una obra en tres tomos titulada «Clave para conservar la salud;» fué físico de los reyes Nazar y Abul-Walid Ismael y falleció el año 728 de la égira, 1527 de J. C. Alkatib, el mas elocuente, fecundo y ameno de los escritores árabes granadinos, descendia de una familia ilustre, establecida con mucha hacienda en Loja. Despues de la conquista han florecido algunos ingenios. Andrés de Barrio-nuevo Montiel, presbítero del siglo XVII, estudió con notable aprovechamiento teología, y cánones en el colegio del Sacromonte, se retiró á Loja, su patria, en donde continuó sus lecturas y estudios y compuso un libro de la «Misa rezada:» este fué un ensayo ó bosquejo del que publicó en 1625 bajo el título de «Espejo de sacerdotes.» Nació tambien en ella Juan de Valencia, humanista que compuso en versos exámetros un poema titulado «Pyrene, cuyo argumento está deducido de un episodio del lib. 1.º de Silio Itálico. Este poeta abrazó la carrera eclesiástica y obtuvo una prebenda en la catedral de Málaga, en cuya ciudad gozó de mucha estimacion por su sabiduría. Es Loja asimismo patria de Miguel Yelgo de Vazquez, que escribió la obra político-moral «Estilo de servir á príncipes, con ejemplos morales para servir á Dios:» impresa en Madrid en 8.º á 1614. Este libro, relleno, como casi todos los de su época de una erudicion indigesta, contiene preceptos morales, y sus citas suponen una vasta lectura.

Aunque estos recuerdos se nos venian á la mente al entrar en Loja, el ruido y la animacion nos hicieron acudir al parage de la feria. Esta se divide en dos secciones; una en la plaza principal y calles colaterales; otra en una espaciosa alameda á orillas del rio. En la primera se venden utensilios domésticos y trages y juguetes para chiquillos. Aquí es de ver á un imberbe campesino, aproximarse á una tienda, contemplar los géneros, pedir el precio de un pañuelo con mil colores y despues de rebajar su mérito y regatear con el tendero, decidirse á comprarle. En su complacencia y en el esmero y delicadeza con que lo guarda, se deja conocer que es un recuerdo destinado al objeto de sus sencillos amores.

En otra, una graciosa aldeana vestida con tanta sencillez como pulcritud, compra enseres y una estampa de la Virgen y el Niño para adornar su modesta habitacion. Un robusto jóven con la frente tostada del sol y la mano endurecida en la esteva, abona el precio con afable sollicitud. Nadie se equivoca al verlos: es un jóven labrador, recién casado, que conduce por la vez primera á su inocente compañera á la feria y se desvive por complacerla. Ella, como esposa que es ya, y con el instinto de la maternidad y atendiendo al arreglo del hogar doméstico, compra una estampa, emblema de la felicidad de una madre, é invierte en cosas útiles las cantidades que le regalara el esposo para galas, buenas para aquel tiempo, en que se engalanaba para aparecer bonita en la feria del domingo, y en que el novio le cantaba jácaras en la ventana.

En otro puesto, un maduro padre, perdido ya aquel gesto risueño y agradable que suelen adoptar los maridos mientras dura el pan de boda, se acerca con tres ó cuatro pimpollos á un vendedor de trompetas, timbales y chicharras. En vano procura el autor de sus dias disuadirlos del empeño de comprar aquellos ruidosos muebles; en vano entabla con el artista una polémica sobre la carestía y fragilidad de aquellas baratijas: entretanto los niños se han apoderado de los mas estrepitosos, improvisando una sinfonía capaz de engendrar un jaqueca mortal en las sienas del convidado de piedra.

La segunda seccion de la feria, que es el mercado de animales, presenta una decoracion distinta. Millares de mulas, asnos y caballos, rebaños de ovejas y ganado vacuno, multitud de cerdos, cabras, cabritos y animales de asta, de cuyo nombre no quiero acordarme, se ven acampados en las márgenes del rio y en medio de su frondosa alameda. Allí es donde desplegan vendedores y chalanes toda su persuasiva y elocuencia: allí el escuchar los donaires y sales andaluzas y ver á la gente *crua* abrirse paso por las estrechuras, y dar codazos y empujones y voces, y requebrar a las buenas hembras, y remojar la palabra en esta taberna y cantar una copla en otra, y bailar en la de mas allá, y promover disputas, algazaras y broma y admirar tambien á algun imperturbable marido que aplica merecidos palos á su muger.

Aquí se ve á un grupo de gitanos celebrar el genio manso, la firmeza, la caudal de un rocin indómito que desea comprar un buen hombre de gruesa estampa y ancha faz; no bien han acabado el discurso apologético del animal, empieza este á disparar coces á diestro y siniestro con notable admiracion de los vendedores, que aseguran no haber hecho jamas cosa igual, y que aquello es un comprobante de su bondad y mero vicio y fortaleza; y prueban allí mismo que es mejor y mas brioso que el labiaca del Cid.

Allá tres ó cuatro chalanes desconocidos, haciendo el papel de incautos ó inespertos procuran engañarse mutuamente: van, como el diablo, asomando poco á poco las uñas, hasta que conociéndose se dan la mano de amigos, se rien del chasco recíproco y ratifican su nueva amistad en la próxima taberna.

En otra parte.... nó, no es posible referir todo lo que pasa en una feria. Quien padezca de humor atrabiliario y quiera curarse, acuda á una feria andaluza, mézclese entre la muchedumbre, observe y la risa asomará á sus labios.

MIGUEL LAFUENTE ALCÁNTARA.

## TEATROS.

### Los encantos de la voz.—A lo hecho pecho.

*Comedias en un acto, la primera de D. Manuel Juan Diana, y D. Francisco Navarro Villoslada, y la segunda de D. Manuel Breton de los Herreros.*

Madrid, teatro de la Cruz, setiembre de 1844.

**E**n verdad que no comprendemos ni acertamos á definir la situación actual del público con respecto á las obras dramáticas, así como tampoco nos atrevemos á determinar á qué género decididamente se inclina. Lo que inferiría cualquiera, es que todos le son indiferentes, al verle permanecer frío y silencioso, lo mismo con el drama sentimental ó terrible, que con la comedia festiva, ligera y chistosa. Por mucho se permite á las veces desarrugar el ceño, y sonreír breves instantes, para tornar luego á su pasada quietud, y á su ordinario silencio.

Muchas causas pueden haber influido en esto que lamentamos, y que no es á fe de buen agüero para la literatura nacional, porque la indiferencia pública paraliza á la vez la fe de los escritores, y la actividad de las empresas. Entre esos motivos eficientes, debemos señalar el influjo de la moda, árbitra soberana de ciertos individuos, y que ahora les impulsa á dar la preferencia á otro espectáculo mas seductor sin duda para la vista, pero ménos conveniente y ménos propio para la inteligencia humana. Hablamos del baile, de ese rival poderoso que hoy dia tiene, no solo el arte dramático, sino hasta su dulce hermana la música. Lamentable es, pues, que se olvide, que se desatienda, que se desprecie, lo que en todos los países cultos se mira como un elemento natural de civilizacion: el baile puede ser á lo sumo un recreo: la literatura tiene la saludable mision de corregir las costumbres, y de castigar los vicios y los ridículos de la época.

Nosotros confiamos en que ese estravío, que así debemos calificarlo, no será de larga duracion: la sensatez y el instinto públicos comprenderán toda la exactitud de lo que acabamos de esponer, y otorgarán el premio de que son dignos los que consagran su talento y sus vigiliass á la rectificacion de los errores del siglo, y á la ilustracion progresiva de la humanidad.

Indudablemente en otra ocasion habrian alcanzado el éxito que merecian las dos piezas objeto de este artículo: no es decir que aquel haya sido malo; por el contrario, el público las aplaudió á ambas, pero tibiamente y casi como á pesar suyo. El entusiasmo, las ovaciones, las coronas las reserva ahora para los bailarines: para los autores dramáticos, apenas si tiene una débil palmada. Ninguno mas admirador que nosotros del verdadero mérito, donde quiera que se ostente; no condenamos las muestras de favor que se tributen

á los artistas que las merezcan, pero las reclamamos asimismo para quienes son acreedores á ellas, y que por un capricho, que esperamos sea fugaz, no logran el galardón que conquistan.

*Los encantos de la voz* es un lindísimo juguete, debido á la colaboracion de dos jóvenes estimables, los Sres. Diana y Villoslada. Conocido es el primero por la gracia que sabe prestar á todas las concepciones de su ingenio; el segundo dió á la escena, no há mucho, un drama, que no nos proponemos juzgar aquí, pero que de seguro, por su fin especialmente y por sus tendencias, no valia tanto como la parte que le corresponda en la graciosa pieza que juzgamos ahora. *Los encantos de la voz* parece un verdadero *vaudeville* frances, y en su diálogo vivo y chispeante, en sus caracteres originales y cómicos, en su trama bien concebida y desarrollada, revela el talento de sus autores; la idea es nueva y graciosa, si bien en este punto tenemos que perdonar no pocas inverosimilitudes y exageraciones: hay allí invencion, ya que falte objeto moral, ménos indispensable que en otras, en producciones tan breves y de tan escasa importancia; y hay por último cosecha abundante de chistes naturales y oportunos; la obra, pues, encierra todas las condiciones que reclamamos en las de su índole.

La ejecucion fué bastante igual y esmerada. Juanita Perez, siempre viva, picaresca é inteligente; las señoras Chafino, Duran y Bueno, lindas y graciosas las tres; los señores Alverá, Lumbreras, Lopez, y especialmente el señor Caltañazor, todos contribuyeron á que la comedia se oyese con gusto, y se aplaudiese al final.

Tiempo há que no daba ocupacion á la crítica el mas fecundo de nuestros escritores, y uno de los mas distinguidos seguramente; y por cierto, que ya deseábamos, como tambien el público, saborear alguna de esas obras, en que la risa mas franca y mas espontánea no deja de entreabrir ni un momento los labios de todos, desde el principio hasta el fin. No ha sido la culpa del señor Breton: una parte le pertenece al verano, otra, la mayor, á quienes él y nosotros sabemos. De todos modos, felicitémonos de que haya cesado lo que no pocos deploraban, y lo que mas que ninguno nosotros sentiamos.

Fortuna es que la primera ocasion que de nuevo se nos ofrece de hablar del aplaudido autor de *Marcela y Muérete y verás*, sea para prodigarle sinceros elogios, ya que otras veces no le háyamos escaseado nuestra censura. *A lo hecho pecho* vale, sin duda, mucho mas que algunas de sus comedias en cinco actos, que quizás pecaban por lo que constituye la principal dote de esta: la importancia de su idea filosófica, y la rapidez de su accion.

*A lo hecho pecho* es una bellísima miniatura, notable por su profunda intencion, por la consecuencia y verdad de los caracteres y por otra circunstancia que es comun á las demas obras del Sr. Breton; la soltura, las gracias y la belleza del diálogo. La moralidad de la pieza consiste en probar que no es ménos peligroso hacer que una joven viva en la lejanía del mundo y de sus placeres, espuesta á ser víctima del primer hombre que encuentre, que dejarla sin arrimo alguno y sin apoyo en medio de la sociedad presente. La teoria es exacta y oportuna, y el autor la reduce á práctica con admirable tacto y habilidad.

Un hombre que ha sido poco feliz en el matrimonio, por el genio discolo de su muger, por la aficion de esta al lujo y á toda especie de goces, resuélvese, despues de quedar viudo, á fundar el sistema de educacion de una hija, única que de su enlace tuvo, sobre un principio erróneo y fatal en su esen-

cia. Con la admirable lógica de las personas de escaso talento, juzga que para evitar un extremo, no hay como dar en otro, sin alcanzársele que ambos pueden ser igualmente terribles.

En consecuencia relega á la pobre niña á una casa solitaria, donde vive solamente en la sociedad de su padre y de una dueña, no, por fortuna, ridícula ni necia, y á la que no se le ocultan los perjuicios de semejante plan.— Como era natural, en la edad en que el corazón comienza á agitarse y á conmoverse con el instinto de las pasiones; cuando en fin la naturaleza se revela en sus ilusiones y en sus esperanzas, la pobre niña siente esa necesidad instintiva de amar y de conocer otra cosa que el sosegado asilo que la guarda. No le bastan, no, las inocentes ocupaciones de la vida doméstica; cánsase de aspirar eternamente el mismo perfume de las mismas flores; no le divierte ya correr ligera por los campos detras de las mariposas, ni le contenta tampoco encaramarse á los árboles en busca de sazónada fruta. En aquella situación de su alma debe amar al primer hombre que vea, sea ó no digno de recoger las primicias de su corazón virginal, y cediendo tan solo á una necesidad imperiosa. Todo lo natural sucede casi siempre: la pobre jóven ve á ese hombre y le escucha: como no ha tratado á otro, como no puede apreciar lo grotesco de sus palabras y de sus maneras, como no puede compararle con ninguno, no le choca la vulgaridad de aquel ente ridículo y estafalarío. Decía Mme. de Sevigné que á la muger de quince años todos los hombres le parecen bien; de la misma opinion es nuestra heroína, y á punto de ser víctima de su inesperienza, fugándose de la casa paterna, acude por fortuna á salvarla la dueña, quien desenmascara al seductor, oficial de sastre por cierto, y da una lección no perdida al padre ignorante y preocupado.

Por esta ligera idea del argumento de la pieza se pueden colegir fácilmente su interés y su importancia. Ni un solo instante decae el uno, ni se amengua la otra. Pero lo que no podrán imaginarse nuestros lectores es la profusión de chistes y de felices ocurrencias que esmaltan sin cesar el diálogo. Distínguese el Sr. Breton por la gracia inimitable con que hace escribir cartas á sus personajes: desde las tres de los amantes de *Marcela*, hasta la de *Cotanza y compañía* en *Mi secretario y yo*, debémosle una colección preciosa de estos singularísimos documentos, que son obras maestras en su género. La comedia de que vamos hablando contiene otras dos epístolas no ménos célebres ni originales; la del sastre y la contestación á ella, leída por la señorita Tablares con una gracia, con una inocencia maligna, que arrancó los mayores aplausos.

Llegando á este punto de la ejecución no tenemos que tributar sino imparciales alabanzas: la jóven actriz á quien acabamos de citar, estuvo tan acertada como linda, lo cual es un grande elogio; el Sr. Guzman, de cuya poco frecuente presencia en las tablas se quejan sus infinitos amigos, se mostró el hábil é inteligente actor de siempre: el señor Caltañazor caracterizó admirablemente al enamorado sastre, y hasta la Sra. Bardan y el Sr. Aznar contribuyeron mucho al buen conjunto.

RAMON DE NAVARRETE.

# EN EL ALBUM

DE LA SEÑORITA

*Doña Gertrudis Gomez de Avellaneda.*

Sobre ser tan bella, oh Tula,  
del Pindo asciendes al solio.

¿Qué ley consiente ó qué bula  
semejante monopolio?

Pido que en ti se coloque,  
pues es doble tu tesoro,  
aquel *felix in utroque*  
que llevan las onzas de oro.

Pero si bastan tus ojos  
para que guerra nos des,  
si ellos rinden por despojos  
tantas almas á tus pies;

¿Válgame Inarco Celenio!

¿por qué has de ser tan avara  
que avasalles con tu génio  
al que pena por tu cara?

¿Por qué involucrar deseas  
á Citéres con el Pindo?

Deja lo sabio á las feas  
ó da á las tontas lo lindo.

Mas, aunque con este don  
el otro sea inconexo,  
natural es la ambicion  
en el tuyo y en mi sexo;

Y ni querrás desprenderte  
del estro que en ti retoza,  
ni maldecirás tu suerte  
porque te hizo buena moza.

De suerte que, sin escusa  
para evitar tu poder,  
quien se libra de la musa  
no escapa de la muger.

Así, á do quiera que fueres  
llevarás contigo el cisma,  
el caos... ¿Qué mucho si eres  
*antitesis* de ti misma?

Yo, porque ese laberinto  
mi brújula no equivoque,  
pues es de *utroque* tu instinto,  
te adoro, Tula, *in utroque*.

MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

*F. Guasp editor.—Imprenta nacional.*